

H CR
056
R454-sc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

AMERICA CENTRAL

Año V

2 de Febrero de 1936

No. 231

056
R454sc
C.R.



Dr. don Rafael Angel Calderón Guardia

Nuestra Revista se engalana hoy con la fotografía del inteligente doctor don Rafael Angel Calderón Guardia que es uno de los verdaderos valores con que cuenta nuestra Facultad de Medicina.

Su honradez, caballerosidad y su gran corazón ornan su personalidad y es una verdadera promesa para la patria que necesita muchos hombres honrados para salir airosa de la difícil situación en que está colocada a causa de la crisis mundial, afectada con tan diversos problemas por resolver.

El lenguaje de las lágrimas

Surca los mares el bajel, corre, se aleja, desaparece, y acá, en la orilla, una mujer lo sigue con atenta mirada; la mirada de aquella mujer se nubla lentamente, y el nublado de los ojos se deshace en lágrimas. Aquella mujer es una madre: es inútil preguntar quién parte en el bajel; los que no saben llorar no pueden conocer el valor de aquellas lágrimas.

A la caída de una tarde serena y melancólica, unos ojos de mujer, bellos como la sonrisa de la aurora, y apacibles como la brisa de los campos, se fijan en el confín del horizonte; quisieran traspasarlo; quisieran ver más allá; quisieran llegar a donde llegan los ojos del alma. ¡¡Imposible!!

Entonces una lágrima de fuego se balancea en los párpados: parece que tiembla por el riesgo de revelar un secreto; pero en la cár-

cel de los ojos no cabe perla de tal precio, y rueda por la mejilla: el primer rayo de la luna que luce esplendente sobre el azul del firmamento viene a secarla con su beso de amor.

¡Amor! ¡Amor! ¡Los que no saben llorar no saben lo que significa esa lágrima; no saben lo que es amor!

¡Los que negáis la fe de las mujeres, los cobardes que las aduláis para engañarlas, decid cuántas veces en esas mismas revelaciones escritas que arrancasteis quizá a las inexperiencia no habéis hallado la huella de una lágrima!

De cierto esa lágrima nada os ha dicho, porque el lenguaje de las lágrimas no lo entienden los corazones de arcilla.

Severo Catalina



Suena reparador,
nervios tranquilos
gracias a las
Tabletas de

Adalina



DIRECTORA:

Sara Casal vda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1a. — Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 2 de Febrero 1936

Suscripción mensual

— de —

cuatro números:

₡ 1.00

No debe quedarse un solo ciudadano costarricense sin votar para elegir el futuro Presidente de la República

Uno de los deberes más sagrados del ciudadano es el sufragio y por consiguiente todo hombre consciente debe ejercer ese derecho que le concede nuestra Constitución.

REVISTA COSTARRICENSE ha procurado no inmiscuirse en la política, porque como la mujer costarricense permanece todavía relegada a la misma condición respecto a sus deberes cívicos, en que la dejaron nuestros antepasados, consideramos perder nuestro tiempo inmiscuirse en una política en la cual no tiene arte ni parte. Además, como son los hombres los que manejan los asuntos públicos, es preferible dejar que caiga sobre ellos toda la responsabilidad de los resultados.

Los hombres por lo general encuentran muy cómodo que la mujer les ayude a hacer política conquistando votantes, pero no pueden soportar pensar que ejerzan un derecho concedido hoy día a las mujeres de la mayoría de todos los países del mundo, aun de aquellos que los consideramos más atrazados que el nuestro.

No dejamos de saber que existen muchos hombres, cuyo criterio amplio, ilustración vasta, desean que se nos concedan iguales derechos políticos que al hombre y que verían con gusto a la mujer inteligente y bien preparada trabajando en la política de nuestro país. Y aun entre los hombres campesinos, de lugares muy lejanos a la capital, existen ciudadanos que confían en la influencia benéfica de la mujer en la vida de la nación y de ello

tenemos buenos ejemplos pues se nos ha consultado nuestra opinión sobre cuál candidato convenía mejor al país y esperamos nuestra opinión para resolverse.

Este artículo lo escribimos muy especialmente para todos los que a estas horas están al margen de la política.

Todos los partidarios de los dos candidatos contendientes votarán indudablemente por ellos. Los comunistas votarán, sin quedarse uno solo sin ir a las urnas electorales; de ello la experiencia nos lo ha demostrado, su disciplina es digna de imitarse.

La parte de ciudadanos costarricenses que es abstencionista es porque ninguno de los dos candidatos les satisface, pero estamos seguros que son anticomunistas.

Los abstencionistas deben pensar, que al no depositar su voto por cualquiera de los dos candidatos, es cederle un voto más al comunismo, es darle una facilidad más de triunfo al comunismo.

Por patriotismo, por amor a la paz de la República, por amor a nuestras instituciones, por amor a la familia y al hogar costarricense amenazados terriblemente, por amor a nuestra Sacrosanta Religión, todos los ciudadanos deben votar por cualquiera de los dos candidatos para contrarrestar el avance del comunismo que es el mayor enemigo de la República y de sus instituciones. Nuestro pueblo es católico de corazón, ama su religión con todo su corazón, pues ha sido ella la que lo ha formado para una vida de trabajo y fraternidad. Y no debe ol-

vidarse que dejar de votar es contribuir para que los comunistas tengan mayor cociente y facilidades de avance en su nefasta labor destructora de la paz y de las instituciones de la República.

No debemos olvidar que nuestro mayor enemigo, contra el que todos debemos luchar es el comunismo y no sólo los hombres, las esposas, hermanas, madres, todas debemos influir para que no se quede ningún ciudadano sin votar para elegir al futuro Presidente de la República el domingo nueve de Febrero. Debemos ser como las damas romanas, que todo lo sacrifican por Dios y por la Patria.

No es éste el momento de analizar las nefastas teorías del comunismo y si a los hombres no les preocupa el triunfo de ese partido, nosotras las mujeres costarricenses que ya hemos dado pruebas de patriotismo y rebeldía contra la tiranía, debemos aunarnos para trabajar contra el comunismo. Ya lo dijeron los comu-

nistas, que irían contra nuestra Religión, contra nuestros sacerdotes y contra Dios.

Es necesario votar para que el comunismo comprenda que su número es ridículo, y que si obtuvieron algún avance fue porque muchos no comprendieron que su abstencionismo le daba mayor cociente al comunismo para obtener representantes en el Congreso.

Hoy día es imperdonable no votar, todo hombre consciente debe votar, hoy día no es ignorancia, todos conocemos los frutos que dan las teorías comunistas; muy cerca tenemos países donde esas teorías extremistas han sido devastadoras, donde la tranquilidad de la república no existe, donde las libertades se esfumaron, y donde se vive en continua zozobra.

¡Ciudadanos!, vuestro abstencionismo es criminal. Id a votar, la Patria os lo pide, nuestra Religión y Dios os lo mandan.

Le suplicamos lea esto:

Este número corresponde a los dos primeros números de febrero; fíjense que hay el doble de páginas de la novela; de recetas de cocina; también hay el doble y muchas páginas más de lectura. El mes de Marzo continuará la revista como siempre, de cuatro

números mensuales. Este cambio lo hemos hecho para tomar un poquito de descanso y esperamos que tanto los suscritores como anunciantes estarán conformes y mucho se lo agradeceremos.

Conversación oída en el tranvía

Los hombres no quieren votar! Parece mentira tanta ignorancia de parte de los hombres! No se comprende cómo hay muchos que no se preocupan de la elección de Presidente de la República, Diputados y Municipales. No comprenden la importancia que esas elecciones tienen para la vida ciudadana. Sin buen Presidente de la República, sin buenos inteligentes y laboriosos diputados que dicten leyes justas y solventen las dificultades que pudieran sobrevenir a la República, sin buenas Municipalidades, el país irá a la ruina total.

Sabe, que soy partidario de que las mujeres voten, si los hombres desprecian el voto que lo hagan las mujeres como último recurso. Pero vea, no sería como último recurso, pues para mí, hay muchas mujeres que valen más que los hombres, que tienen mejor preparación que muchos de los que votamos, que tienen mayor conciencia de sus deberes, y que son más honradas.

Vea un caso por el cual le demostraré a usted que la mujer es superior al hombre: por mi pueblo quedó un hombre viudo y con hi-

jos, después de los nueve días, ¿qué hizo con los 6 hijos?, los repartió, uno a un asilo, el otro a un vecino y así hasta que se quedó libre y muy fresco. Cree usted que una madre haría igual? La mujer trabajaría, se sacrificaría, pero jamás repartiría sus hijos.

Conozco una señora que quedó viuda, su marido, un ebrio que la dejó hasta sin muebles y por último se quitó la vida. Le quedaron 9 hijos pequeños y quedó en la mayor miseria. Fue donde una señora, le contó su situación y le dijo: yo no me afligiría si tuviera mi máquina de coser, pues aunque me acostara a las dos de la mañana, yo trabajaría y estoy segura que mis hijos no se morirían de hambre. La señora le dijo que le conseguiría una máquina y una distinguida dama le obsequió la máquina, sin siquiera preguntar quién era la señora viuda. Pasaron los años y no volvió a ver la viuda, hasta que un día la encontró por el Edificio de Correos y le dijo que era una mujer muy feliz, sus hijos, unos estaban casados, otros empleados en correos y así todos veían por ella. Se acuerda mi situación?, y vea qué diferente hoy día gracias a una máquina de coser y al buen corazón de esa señora que me dió la máquina que Dios se lo ha de pagar en el Cielo.

Las mujeres afrontan con mayor valor las circunstancias difíciles de la vida, son más sufridas, tienen más espíritu práctico, y en realidad, son las que más sufren las consecuencias de los malos gobiernos, de las malas situaciones del país, de las malas administraciones de las municipalidades y en general de toda mala

administración.

Si en un pueblo hay una autoridad inormal, quién lo sufre?, las madres, esposas, hermanas. Todo marcha mal en el pueblo, la higiene, la moralidad, y los fondos municipales se esfuman en vicios.

Si el Presidente es un tirano, las cárceles se llenan de esposos y familiares; ¿quién lo sufre más?, las mujeres que lloran la desventura de sus esposos, etc.

En un país mal gobernado las finanzas andan mal y quin lo sufre más?, las esposas que tienen que manejar sus hogares casi sin dinero.

La Instrucción Pública anda mal, ¿quién lo sufre más?, la mujer al ver a sus hijos perdiendo el tiempo en las escuelas y colegios.

Todo, todo en la vida de la Nación le incumbe más a la mujer que al hombre y lo lógico sería que la mujer tuviera iguales derechos cívicos que el hombre para tomar parte en todos los negocios de la Nación.

Yo sí creo que el país pierde mucho sin la colaboración de la mujer, es verdad que no hay muchas mujeres preparadas, pero también no hay muchos hombres bien preparados. Y si no veamos, para presidente de la república, no salimos de don Cleto y don Ricardo, los pobres han tenido que soportar varias reelecciones. Esta política lo demostró. Cuánto costó encontrar candidatos para la Presidencia de la República?

Por el momento lo que debemos empeñarnos los hombres es para que no se quede un ciudadano sin votar.

La mujer, mujer

Cuántos feministas han salido a la palestra con la buena intención de reivindicar los derechos de la mujer, oprimidos por veinte siglos de progreso. Cuántos abogan por la libertad de la mujer, pero por esa libertad que degenera en libertinaje, como afirma Mavarana.

Bien está que la mujer se ilustre, porque la ilustración es algo así como el perfume de esa flor que se llama pensamiento; la ilustración es el pulimento del diamante del espíritu, el pulimento que presenta el alma, toda clara

como en el castillo interior de que nos habla Teresa de Jesús en sus "Moradas".

Mas he aquí el problema de la actualidad: ¿puede la mujer armonizar ese cúmulo de libertades modernas con sus deberes de hogar? Para muchos todo puede armonizarse, claro está, para otros deberes de hogar y libertades modernas son términos antagónicos; mientras más se acerca a uno más se aleja del otro.

La mujer nació para el hogar, péseles a los modernos filósofos y sociólogos. El hogar es

como el trono de la mujer, y si por la corriente del siglo, la mujer se ve empujada a las oficinas y talleres a compartir con el hombre las diarias faenas, debe llevar en el alma el recuerdo de su hogar y hacer como las hormigas, solícitas las hembras en ayudar a los machos en el acarreo de los alimentos, pero siempre con la visión de la cueva en las pupilas.

La mujer debe ilustrarse porque la ilustración es el complemento del espíritu; pero no adentrarse en problemas de honda metafísica, tan ajenos a su fin, que no es otro que como dijo Selgas: "poblar de ángeles la tierra, derramar el bálsamo del consuelo en los corazones de los hombres y formar las generaciones del futuro".

¿A dónde condujo el amor a la ciencia, el amor a sus obras a la madre del Hildegart? Moderna Frankenstein fue víctima de su propia creación; la ceguera es el castigo de la soberbia humana", exclama el Apóstol de las Gentes en un arranque de sublime indignación, y la ceguera fue el castigo de la madre de Hildegart, ceguera que la lanzó al abismo del filicidio, para luego pasar a la posteridad con el estigma de desnaturalizada en la frente.

¿Qué provecho ha traído a la mujer ese cúmulo de libertades concedidas en el presente siglo?... El hogar se ve minado por sus bases, porque la frivolidad es el alma de esas mujeres que se olvidan de la mujer-mujer para convertirse en la mujer "flapper", en la mujer frívola.

El Feminismo bien entendido, es ese que da a la mujer los derechos que le corresponden en el mundo, porque ella no es como se imaginaron los antiguos un instrumento de placer, algo factible de permuta; no; la mujer tiene sus derechos consagrados, como todos los derechos; pero una cosa son derechos y otra, extralimitación de los mismos. Esa extralimitación es la que pregonan los pseudo-feministas porque bien saben ellos que ésta es la mejor forma de hacer de la mujer un instrumento de sus caprichos; halagarle la vanidad es conseguir el triunfo sobre ella.

¿A qué empeñarse en una lucha donde al fin la mujer ha de ser vencida? Hay que detenerse ante el precipicio, meditar serenamente, recordando que siempre hay esperanza de vencer porque nunca se pierde la partida

cuando hay esperanza de volver a empezar!

Es necesario gritarlo alto para que a nadie le quepa duda: esa libertad de la mujer en la actualidad es su *mayor enemigo*. Es menester que la mujer vuelva al hogar a ocupar su sitio sagrado, el hogar, donde nodrizas advenedizas dan leche viciada a los hijos, e institutrices de dudosa reputación enseñan a las hijas los atajos y no el luminoso sendero que conduce al templo del deber. No abandonemos tanto ese rinconcito querido, ese nido encantador que debe ser la meta de nuestras aspiraciones, nuestra única dicha! Ese que conocemos de niñas, donde aún creemos escuchar el rumor de los besos de nuestra madre, la voz grave y afectuosa del padre, las caricias de nuestra abuelita, que el recuerdo del hogar donde nos formamos no haga pensar en el de hoy: tan sólo!... Pongamos toda solicitud por cultivar en medio de las nuevas costumbres el amor al hogar. Tengámsle un poquito apartado! Los afectos de hoy duran poco porque los paseamos demasiado. Los amores como los perfumes si no se encierran, se esfuman, se van!... conservémosle callado! El bullicio produce vértigo! El bullicio embriaga el alma y tal vez por eso no podemos escuchar los latidos del corazón!

Es necesario que la mujer se dé cuenta de sus deberes como madre, como esposa, como hija, como hermana; que recuerde que antes que todo es mujer!

Ella no es la opositora del hombre, sino su compañera; ella no es su rival, sino su amiga.

Miss Gardenia

Exámenes Científicos de la Vista

Lentes y Anteojos de
todos precios

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Frente al Gran Hotel Costa Rica

El Apostolado de las "Lámparas Vivientes"

Envío de la distinguida Directora de "Iris", órgano de la Acción Católica Femenina Venezolana.

"*Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur*". El fuego que Jesús vino a traer a la tierra es el fuego eucarístico, ese amor que El quiere encender en todas las almas, para que ellas, a su vez, como esposas fieles se acerquen a su tálamo santo, al lugar de su reposo, y con esas lámparas encendidas alumbren las sombras de su cautiverio, acompañen las horas tristes de su soledad, digan con sus lengüitas brillantes elocuentes frases de amor.

La devoción al Smo. Sacramento es tan antigua como la institución de la Sma. Eucaristía, y los primeros Apóstoles reunidos en el Cenáculo en torno de María Sma. y perseverando en la oración y en la fracción de pan, fueron las primeras lámparas eucarísticas que ardieron en honor del Dios oculto en nuestros altares.

Después la santa práctica ha ido tomando diversos nombres... uno de éstos, la sugestiva denominación moderna de "lámparas vivientes" ha nacido en la hermosa tierra de Italia, centro de nuestra Fe y alma de toda piedad cristiana; como mariposilla de luz, las misteriosas lamparillas alzan el vuelo en diversas direcciones y voces llegan de todas partes, hasta de la remota Tierra del Fuego, contando cómo los fieles de aquellas tierras australes se unen, se agrupan, se aprietan en torno del Sagrario y allí en profunda y férvida adoración reparan con su amor y fidelidad la ingratitud y las traiciones de los que no aman ni agradecen...

Damas Católicas de Venezuela, a vosotras os corresponde muy especialmente en nuestra patria este simpático apostolado, este encargo que os encomienda el Sagrado Corazón de Jesús: hacer conocer y amar a Jesús Sacramentado de todos los que os rodean: llevadlo con vosotras, en vuestro pecho, todos los días, a todas partes, y El os enseñará, como a los primeros Apóstoles, a decir las palabras persuasivas que han de conquistar todos los corazones, aun los más empedernidos.

Una hojita volante circula en estos mo-

mentos en Caracas, a la que damos acogida en nuestras columnas para que IRIS, como mensajera de Jesús-Hostia la trasmite también a todos los ámbitos de nuestra amada tierra, donde no faltarán almas eucarísticas que se encarguen de propagar en una u otra forma, de palabra o repartiendo hojitas tan hermosas como encomiable práctica.

"LAMPARAS VIVIENTES"

¿Qué es una "lámpara viviente"? Es un corazón que ama profundamente a Jesús-Hostia; es un alma que desea estar perennemente unida a su Dios Sacramentado; es un cristiano que consagra una ínfima parte de su día para ir a acompañar un ratito al Divino Cautivo de nuestros altares... Sí, Cristianos! allí en el Sagrario está Jesús, nuestro Dios, realmente presente en Cuerpo y Alma, aquel Jesús que nació de la Virgen Santísima, que padeció y murió en la Cruz, que resucitó glorioso y subió al Cielo, donde está sentado a la diestra del Padre; pero que, nostálgico de amor por su criatura ingrata, quiso quedarse en la tierra hasta la consumación de los siglos, preso en la fracción de pan!....

Ese Dios nuestro, tan manso, tan humilde, tan amoroso, está allí, a dos pasos de nosotros... tan sólo como en la noche de la Agonía, tan abandonado, como en el camino del Calvario, tan sediento de amor como en la Cruz. Desde allí nos hace tiernas señas, nos llama por nuestros nombres, nos tiende los amorosos brazos, nos muestra su Sacratísimo Corazón, abierto y sangrante, nos invita dulcísimo y de todos modos. Pero El no puede moverse: espera que vayamos a El: acecha nuestro paso, tiende el oído a ver si nos acercamos. Ay! y nosotros, cuántas veces, sordos por el ruido del mundo, pasamos insensibles ante aquella puerta entreabierta de su prisión, donde palpita un Corazón todo nuestro, sin dirigirle siquiera una mirada!

Esto no debe ser, no puede ser! Pongámonos de acuerdo todos, tú, a una hora, yo, a

otra, y aquél y aquélla, y cada una, en cada una de las horas del día, para ir a decir a Jesús una palabrita de cariño. No perderemos nuestro tiempo: un instante basta, un instante para poner toda nuestra alma a flor de labios y enviársela, recta al Corazón, como inflamada saeta de amor. Hagamos todos los días acto de presencia ante el Sagrario, un momento siquiera, el tiempo necesario para hacer una genuflexión y exclamar. "Jesús mío, aquí, me tienes! he venido a repetirte cuánto te amo, a decirte que, en medio de mis ocupaciones y del tráfago del mundo, no te olvido un instan-

te: dame tu bendición y que mi corazón lámpara viviente, quede contigo como una de esas otras lamparitas que te acompañan noche y día!"

Yo, X... me comprometo conmigo mismo, a hacer todos los días, sin falta, una corta visita a Jesús Sacramentado, en cualquier iglesia, y a la hora que me convenga más: no faltaré nunca a esta cita de amor, y cuando, por un imposible, no pueda hacerla, de donde esté, le enviaré a mi Dios en el Tabernáculo, un tierno mensaje de amor.

El encanto de la mujer

Por Teresa de Escoriaza

El encanto es un no sé qué misterioso e intangible que poseen algunas personas, con lo que atraen irresistiblemente a las demás, como el imán atrae a una aguja. En qué consiste esa virtud, nadie lo sabe, puesto que no admite análisis.

No se trata precisamente de belleza, ni de gracia, ni de amabilidad, ni de bondad, si bien todas estas cualidades contribuyen a hacer el encanto de la persona.

Todos hemos conocido personas tan feas como para dar un susto al miedo; pero que nos resultaban atrayentes por su encanto; todos hemos tratado a individuos con quienes la naturaleza no había precisamente prodigado la materia gris; pero en quienes, sin embargo, había derrochado esa otra materia etérea que llamamos encanto; todos hemos tropezado con seres que por su mal genio hubieran podido rivalizar con el propio *Capitán Veneno* de Alarcón; pero cuyas explosiones de violencias hemos perdonado por el *encanto* con que han sabido hacérselas olvidar inmediatamente, y todos hemos querido a gentes poseedoras de todos los defectos y ninguna cualidad, excepto por ese *encanto* encubridor de faltas, que seduce nuestros corazones contra el dictado de nuestra razón.

Entre los rasgos comunes a todas esas personas que solemos calificar de encantadoras, acaso ocupe un lugar principal el del optimismo. Las personas optimistas no sólo es que ven siempre el lado sonriente de las cosas, sino que

irradian tal luz de alegría y emanan tal calor de confianza, que nos impregnan a los que estamos a su alrededor también de optimismo y esperanza, saliendo de su compañía llenos de ánimos y valor. Semejantes personas, si tienen sus preocupaciones — que las tendrán como todo hijo de vecino de este valle de lágrimas, — se las callan; si podeden alguna enfermedad, se abstienen de describirnos los síntomas o detallarnos las operaciones que hayan sufrido, etc. Por el contrario, son ellas las que se interesan por nuestras pesadumbres, inquiriendo sobre nuestros asuntos, inquietándose por la marcha de nuestros problemas, por el porvenir de nuestros hijos, sin exigir a cambio el infligirnos el relato de los pormenores de su vida particular.

Otro ingrediente que entra en la composición de ese misterioso filtro llamado *encanto* es el dón de resultar interesante. Si queremos a nuestra llegada a una reunión ver iluminarse de contento los rostros de los concurrentes, habremos de estar siempre provistos de nuestro estuche de maquillaje para el espíritu, como lo solemos estar del rostro. Así, antes de penetrar en el lugar de la reunión, como tenemos por costumbre las mujeres al refrescarnos la cara dándonos polvos y poniendo un poco de *rouge* a los labios refrescaremos la memoria recordando algún incidente divertido, dándole más colorido con unos toques de nuestra imaginación para servirselo a aquella concurrencia ansiosa de distracción.

La mayoría de la gente se muere de aburrimiento, y necesita que se le entretenga y se le divierta. Y es así que se agradece la compañía de una persona amena que sepa poner una nota alegre en el tedio que les abrumba.

Así, pues, si hasta cierto punto es cierto que para conquistar a un hombre es menester de una cara bonita y de un cuerpo airoso, para retener a ese hombre se requiere algo más que esos atributos físicos. Se necesita del poderoso filtro del encanto femenino, pero entre los cuales acaso pesen más los espirituales que los físicos.

La joven de la generación anterior consideraba una vergüenza ser femenina por fuera y por dentro, física y espiritualmente, por lo que lo disimulaba tanto como podía. Así, para ser elegante, era necesario asemejarse a un chico, y a fin de conseguirlo borraba toda señal delatora de su sexo, disimulando con ayunos o con rígidos corsés y sostenes las curvas que revelaban su condición de mujer; haciéndose cortar el pelo a la *garçonne*; vistiendo trajes de hechura masculinizada, de líneas rectas, fal-

da estrecha y sin adornos de ningún género.

De las fatales consecuencias que había de tener tal estado de cosas hubieron de percartarse pronto sociólogos y estadistas, psicólogos e higienistas, reformadores y moralistas y demás gentes graves y sesudas encargadas de velar por la integridad de nuestra sociedad. Porque en la era de la *garçonne*, y con la consiguiente baja de los encantos femeninos, el barómetro registrador de matrimonios acusó, al decir de los estadistas, un notable descenso de enlaces conyugales, lo cual era de esperarse, puesto que la atracción de los sexos se basa precisamente en la diferencia de éstos, y al igualarse ambos, tenían que dejar de atraerse.

El hombre prefiere a la mujer femenina. Cuanto más femenina sea ésta, más éxito tendrá con los hombres. Con los hombres y con todo. Porque la mujer emancipada, la que estudia, la que sigue una carrera, la que ejerce una profesión, la que desempeña un cargo importante, lleva más probabilidades de triunfar en ellas si, lejos de imitar a los hombres, se deja en esto guiar por sus instintos femeninos.

Fábulas de Esopo

Los lobos y el asno enfermo

Divulgóse por cierta comarca la noticia de que un asno, rico en carnes, se hallaba enfermo de tal peligro que no pasaría de la noche. Al punto, muchos lobos, que era amigos del jumento, se presentaron, afectando tristeza, a la puerta de su casa y preguntaron solícitos por su salud. El hijo mayor del asno asomó la cabeza por la ventana y dijo:

—Señores lobos, mi padre no está de tanto peligro como ustedes desean.

El lobo y el cordero

Sedientos llegaron a cierto arroyo un lobo y un cordero. Este pobre bebía en lo más bajo de la corriente, mientras que el lobo se encaramó en lo más alto.

—¿Por qué me enturbias el agua que bebo? — dijo la fiera a su codiciada víctima, deseando hallar un pretexto para devorarla.

—¿Estás loco? — replicó el cordero ino-

cente. — El agua corre hacia mí desde donde tú te hallas; ¿cómo, pues, he de enturbiarle yo?

La fuerza de la verdad obligó al lobo a callar y morderse los labios. Pero un momento después añadió con rabia:

—¡Seis meses hace que me llenaste de injurias, pícaro cordero!

—¡Seis meses!... — repuso el infeliz; — ¡pues si no tengo más que cinco!

—Bien: entonces sería tu padre... — y se tiró sobre él y se lo comió.

Cuando un lobo se empeña en tener razón, ¡pobres corderos!

La zorra y la cigüeña

Cierta zorra que, por motivos particulares, deseaba divertirse a costa de una cigüeña, convidóla a comer una sopa exquisita, pero clara, que mandó servir en un plato llano. La cigüeña, que, con su largo pito, ape-

nas tomaba gota, disimuló su impotencia, mientras la convidante lamió el plato en un segundo. Largas noches de insomnio le costó a la cigüeña aquella burla; hasta que al cabo obtuvo de su amiga que acudiera a un banquete recíproco, en el cual también se sirvió una sopa exquisita, pero en un vaso de cuello estrecho. La del pico largo introdujo fácilmente sus fauces en el recipiente; mientras que la zorra, cuyo ancho hocico le impedía entrar en el vaso, se vió obligada a contentarse con lamer las escasas gotas que corrían por el suelo. Al terminarse el banquete, dijo la cigüeña:

—Amiga mía, donde las dan las toman.

Las ranas

Vecinas eran dos ranas y pasaban la vida casi juntas, aun cuando habitaban la una en un estanque, y la otra en la cuneta de un camino.

—¿Por qué no te vienes a la charca, amiga?—decíale la fluvial a la terrestre. Aquel es nuestro elemento y nuestra despensa: allí nacemos y allí debemos morir.

—Eso piensas tú — contestó la otra;— pero eso es una antigualla, indigna de los tiempos presentes. Ahora se debe usar la casa en sitio público, para gozar del mundo y sus encantos: cuando vaya para vieja ya procuraré volver al estanque.

A poco de estas razones, pasó por el camino un carro y ladeándose del lado de la cuneta, aplastó a la rana que se distraía en la contemplación del mundo.

El caballo y el cerdo

Tomaba un cerdo el sol, con la negligencia de costumbre, a la puerta de su pocilga, cuando acertó a pasar cerca de allí un caballo enjaezado para la guerra. Marchaba el alazán golpeando impaciente el suelo y henchido de ese orgullo que pone espanto en las huestes enemigas. El cerdo levantó la cabeza con lentitud, y díjole con gruñona socarronería:

—Sólo un loco como tú puede alegrarse de caminar en busca de la muerte.

El caballo paróse y replicó con el más profundo desprecio:

—Tienes razón que es una locura caminar a la muerte; por eso me da lástima que te engorden para ser degollado. Pero muerte por muerte, tras de la mía puede quedar un hombre glorioso; tras de la tuya no queda más que un poco de tocino.

La alforja de Júpiter

Cuando Júpiter echó al hombre por esos mundos, dióle una alforja para que guardase cuidadosamente los vicios propios y los ajenos. Montóselas sobre los hombros, como era natural, y comenzó por ir poniendo en la alforja de adelante los vicios que encontraba en los otros, mientras que los que procedían de su propia naturaleza se los echaba a la espalda. Desde entonces va mirando siempre todo lo malo que ha hecho el vecino, y nunca consigue ver lo que él propio ha ejecutado de perverso.

La casa de Sócrates

Edificaba Sócrates una casa para vivir y como no era muy rico hacía la pequeña y de escaso lujo.

—¡Vaya una fachada! — decía el uno.

—¡Vaya un costado! — murmuraba el otro.

—¡Qué habitaciones! — decía un tercero
¡Ni aun lugar habrá en ellas para revolverse!

—Pequeña y mala, en efecto — respondió Sócrates, — es la casa que hago; pero ¡ojalá consiga llenarla de verdaderos amigos!

La mujer y la cántara

Una pobre mujer hallóse cierto día una cántara vieja y desmochada, que había tenido vino. Acercóle la nariz, y aspiró con éxtasis el aroma excelente que se exhalaba de aquellos cascós inútiles. — “¡Oh, dioses! — exclamó — ¡Cuán delicioso sería el vino que encerraba esa cántara, si tal perfume se desprende aún hoy de sus heces!” — Después, reflexionando, añadía para sí: “Una buena vida es como una buena cántara, que a la vejez conserva perfume de grandeza, aun cuando su aspecto sea achacoso y miserable”.

LA CALUMNIADA

NOVELA

teza, y yo le hubiera explicado que si Leonia es su nieta, también es hija mía, y que me era imposible consentir en una separación: eso hubiera evitado a Vuestra Alteza una escena desagradable.

—Me la hubiera llevado sólo por unos meses, Gerold—dijo la princesa Tecla, que empezaba a comprender que la cólera es mala consejera.

—Ni por un solo día—repuso Lotario con firmeza;—quiero preservar a mi hija de la atmósfera pestilente que se respira en la corte y que rodea a las más hermosas y a las más puras flores para marchitarlas; quiero evitarle el dolor de que desprecie antes de tiempo a la humanidad. Mi hija será educada en los principios que han sido siempre la norma de mi familia, es decir, seriamente, sencillamente, en el culto de la verdadera dignidad, la dignidad del corazón, y esa educación la recibirá aquí, en Maisonneuve, a la vista mía, con la ayuda y la solícita vigilancia de la mujer que he elegido para compañera de mi vida.

Lotario corrió las cortinas de la cama, en la que la pequeña, ya despierta, abría sus grandes ojos con espanto.

—Si Vuestra Alteza desea abandonar esta casa—dijo Lotario con calma;—estoy a sus órdenes.

La princesa Tecla se dirigió entonces hacia su nieta, rozó la frente de ésta con sus labios descoloridos, y salió de la habitación sin pronunciar una sola palabra; en el patio encontró a su hija, que subió al coche teniendo en sus labios la más graciosa de sus sonrisas, si bien, por una distracción inconcebible apenas si inclinó la cabeza al pasar por delante de Beata. Lotario tomó asiento en la parte delantera del coche, como lo hizo algunas semanas antes cuando salió a recibir a las princesas. Al arrancar los caballos, dos ojos negros fijaron en el viejo castillo una larga mirada, tan triste,

tan desesperada, que Beata, no obstante la alegría de que estaba lleno su corazón por aquella marcha, no pudo evitar un gesto compasivo. ¡Pobre princesita!

Todas estas reflexiones se las hizo Beata mientras se anudaba las cintas del sombrero, y luego respiró alegremente. ¡Loado sea Dios! La paz iba a reinar en su morada. Había abierto todas las puertas y ventanas del primer piso para desalojar de él todos los olores de musgo, polvos de arroz y otras infecciones de análoga naturaleza, para substituir el aire corrompido con el aliento puro y embalsamado de la selva; no se había perdido tiempo para borrar las huellas de la estancia de las princesas, porque ya habían quedado expuestas a la acción del aire todas las camas de sus departamentos.

Al día siguiente, todo quedaría arreglado, todo colocado en sus sitios de costumbre. ¡Loado sea Dios!

—Perdóneme el que me haya retrasado—dijo Beata con su voz sonora y armoniosa cuando, algunos minutos más tarde, entró en el salón en que se encontraban los novios: Claudina, sentada junto a la ventana contemplando el parque, y Lotario, en el extremo opuesto de la habitación, examinando pensativamente el retrato de su padre.

—¿Supongo que os habrán servido el té? . . . ¡Ah! . . . sí, . . . bien. Estoy dispuesta a acompañaros.

Estaba algo disgustada por más que hacía esfuerzos para no dejarlo conocer. Esperaba encontrar a los novios engolfados en una de esas conversaciones interminables de cuya especialidad tienen el privilegio, y no había habido nada de eso: estaban tan separados el uno del otro cuanto lo permitían las dimensiones de la habitación, y Lotario, al ofrecer su brazo a Claudina, lo hizo tan ceremoniosamente como lo hubiera podido hacer en un baile de

la corte.

—Un paseo al aire libre, Claudina—le dijo.

—Lottario—dijóle ésta,—ruego a usted que dé sus órdenes para que, después del paseo, se detenga el coche en la casa de los Mochuelos: siento verdadera necesidad de reposar.

El paseo fué muy silencioso: cuando el coche, después de bajar la pendiente que conduce al valle, tomó el camino a cuyo extremo se veían las rojizas techumbres de Eaux, Claudina se reclinó, suspirando, en el fondo del coche. ¡Hasta aquello tenía que soportar! Había adivinado que Lottario quería hacer público alarde, por decirlo así, de su próximo casamiento, con el fin de rehabilitarla.

La orquesta dejaba oír delante del casino un vals, en el momento en que el carruaje entraba en la avenida que terminaba en aquél. En derredor del quiosco ocupado por los músicos veíanse muchas mesitas, dominadas por otra de grandes dimensiones: allí estaban reunidas las personas de más distinción; todas las sillas estaban ocupadas y la conversación se sostenía muy animada. Se repetían y comentaban con avidez los detalles de la desgracia en que había caído Claudina, con la duquesa viuda, y a creer lo que decía una persona muy bien informada, cuyo cuñado tenía un amigo que era primo de otro que figuraba en el personal de palacio, la anciana princesa había dado orden a Claudina de que abandonara inmediatamente el castillo. Otro decía que le habían suprimido la pensión de que disfrutaba: éste aseguraba que Claudina se había arrastrado a los pies de la duquesa viuda suplicándole que se le permitiera asistir por última vez a la mesa, mientras que aquélla le decía, por el contrario, que no podía ser, pues el duque había tomado cartas en el asunto, y que había sido él mismo quien había dado todas estas órdenes.

Y aquello no era todo... El peligro mortal en que se encontraba la duquesa reinante suministraba también amplia mate-

ria de conversación. ¡Pobre, pobre señora, tan indignamente engañada por aquella a quien había colmado de beneficios!

—¡Horrible, sí, eso es horrible!—exclamaba a grito pelado una condesa vieja y sorda, pero que adivinaba todo lo malo que no podía oír.—Y bien, ¿cómo le ha sentado a Gerold que tan altivo es, ese rebajamiento de una persona de su familia?

—El barón de Gerold hizo público desprecio de su indigna prima.

Un clamor general se elevó al escuchar aquellas palabras, clamor a que siguió un silencio repentino, cuando uno de los circunstantes dijo:

—¡Ahí viene el coche de los Maisson-neuve!

—En efecto... allí viene.

Y todas las mujeres fijaron sus ojos en la dirección indicada, y todos los hombres las imitaron.

El hermoso tronco que tiraba del coche avanzaba majestuosamente haciendo brillar sus ricos arneses. El cochero y el lacayo, luciendo su hermosa librea amarilla y azul, ocupaban el pescante, y... en el coche... ¡cielos!..., ¿era posible aquello?

Todos los hombres se descubrieron espontáneamente, en tanto que las damas añadían a su saludo la gracia de sus sonrisas.

¿Era posible? No, no se engañaban, no; era Claudina de Gerold, sentada, con el vendaje en la muñeca, al lado de Beata en el fondo del carruaje, y enfrente de ellas, sin que la duda fuera posible, el barón de Gerold, con su aspecto serio y altivo. Los caballos refrenaron su marcha, y el coche fue a detenerse enfrente de la puerta del casino, después de pasar por delante de la mesa que ocupaban las **personas de calidad**.

Dos hombres se acercaron a él a la carrera: eran un joven oficial de húsares y un agregado de embajada. El oficial, que era el que la suerte designó para caballero de la duquesa en la cena de la fista de Maisson-neuve, quería adquirir noticias de ella, y la señorita de Gerold le perdonaría, sin duda, su atrevimiento en gracia a la exactitud de los informes, que nadie podía dar como

ella. En cuanto al agregado de embajada, tenía miras distintas, y se proponía averiguar "lo que significaba todo aquello".

—La duquesa está mejor—dijo con gracia Claudina al joven oficial.

—Pero, ¿está usted herida, señorita?

—Es una herida tan ligera como insignificante—dijo Lotario tomando la palabra:

—creo que mi futura recobrará pronto el movimiento natural del brazo... ¡Oh! Dispense usted, mi querido señor de Saunders; se me olvidaba darle una noticia: es tá usted delante de un futuro matrimonio: anoche quedó pactado. Es una sorpresa, ¿no es verdad, señores? Claudina, aquí está el vaso de agua pedido.

Lotario estrechó las manos que se le tendieron, agradeció las sinceras felicitaciones que le fueron dirigidas, y cuando Claudina apuró el vaso de agua que le habían servido, volvió a ponerse en marcha el carruaje. Lotario devolvió los saludos que de todas partes se les hacía, y poco después desapareció el coche por uno de los caminos que se internaban en la selva.

Las lenguas quedaron mudas por espacio de unos cuantos minutos. La sorpresa las había pegado al paladar.

—No me había engañado yo—dijo por fin una vieja Excelencia, respirando con satisfacción;—no había ni una palabra de verdad en todas esas mejillas malsonantes.

—¡Oh! — dijo sentidamente una de las condesas más encarnizadas.—¡Se habla con tanta frecuencia sin ton ni són! ¿Cómo ha sido eso del próximo casamiento?

—La señorita de Bohlen me ha escrito esta mañana dándome detalles interesantes—dijo la linda condesa de Pausewitz;—pero me había impuesto absoluta discreción acerca de sus noticias.

—Pues ya está usted dispensada de esa discreción: hable usted—exclamaron a coro las señoras.

—Claudina se ha dejado abrir la arteria para transmitirle su sangre a la duquesa, que se hubiera muerto sin remedio a no haberse realizado aquella operación. ¡Dios mío! El caso era terrible, y yo declaro que

no hubiera tenido valor para ello.

—¡Eso no es valor, es heroísmo!—dijo el joven oficial cuyos ojos brillaron de admiración.

—Dios me valga!—exclamó la vieja Excelencia.—Si esto hubiese ocurrido hace cincuenta años, yo habría caído ya loco de amor a los pies de Claudina.

Una mirada severa de su mujer contuvo los entusiasmos de la vieja Excelencia, quien se contentó, con murmurar de una manera ininteligible:

—Además, es muy hermosa... ¡Ah! Ese Gerold es un hombre feliz.

—Gerold se despide de la Corte—dijo el joven oficial;—me han dicho que quiere hacer la vida de labrador rico y cuidar de sus posesiones. Además, me han asegurado que la novia ha recibido magníficos regalos... muchos diamantes, y que la duquesa viuda le ha prodigado cuidados maternales: está hoy más en favor que nunca.

—¡Magnífico!

—¿Cuándo se celebrará el casamiento?

—Es indudable que pasarán el invierno en la residencia.

Y la conversación siguió en el mismo tono. Entre todos los presentes no había nadie que experimentase el menor sentimiento de benevolencia hacia Claudina, pero ninguno se hubiera atrevido a pronunciar una palabra de censura contra la prometida del barón de Gerold. Todas las damas presentes acordaron enviarle un magnífico ramo de flores en señal de gratitud por su abnegación para con la duquesa, que era universalmente querida.

Los dos novios habían llegado a la casa de los Mochuelos; los edificios, y el pequeño jardín estaban bañados por los rayos del sol poniente: todo respiraba allí paz y sosiego; ¡se encontraba aquello tan distante, tan al abrigo de las miradas de los hombres! Pero el semblante de Claudina se entristeció; la bóveda de la puerta de entrada veíase adornada con una guirnalda de follaje y de rosas.

—Lotario—dijo a éste en voz baja, tocándole ligeramente en un brazo en el momento

en que él la ayudaba a bajar del coche,—separémonos aquí, se lo ruego a usted: la necesidad lo exige: váyase usted con Beata: es preciso que yo prepare y advierta a mi hermano: me es imposible seguir aquí la farsa: eso sería una cosa absolutamente superior a mis fuerzas.

Lotario titubeó unos instantes, pero al contemplar aquellos ojos azules fijos en él con expresión dolorosa, condescendió: Claudina estaba profundamente afectada. No le contestó, pero, volviéndose hacia Beata, dijo a ésta que lo esperase y acompañó a su futura hasta la puerta.

¿A qué hora quiere usted que venga el carruaje para llevarla esta tarde a Altenstein?—le preguntó él.—Inútil me parece advertirla que desde hoy me convierto en su eterno acompañante.

Claudina se volvía en aquel momento para dirigir a Beata una sonrisa cariñosa: tan turbada se encontraba, que se había olvidado de su buena y excelente prima; pero Beata, ocupada en mirar a la ventana de la torre, no vio aquel movimiento.

—Gracias, Lotario—le conetstó en voz baja, pero con tono resuelto,—no pienso volver a Altenstein: me quedo aquí, y advertiré de ello a la duquesa. Le aseguro que carezco de las fuerzas necesarias para representar el papel que me he impuesto. Apíadese usted de mí.

Saludó a Lotario y entró en la casa.

La señorita Lindenmeyer salía a su encuentro y, era tal la celeridad que se empeñaba en imprimir a sus cansadas piernas, que por poco se cayó desde lo alto de las escaleras: habíase puesto su mejor gorrita y adelantaba con los brazos abiertos.

—¡Ah, mi querida señorita, qué felicidad!—exclamó llorando de júbilo.—¡Lo sé todo! Me he enterado de todo por la nieta de Heinemann, que ha venido expresamente al amanecer para alegrarnos el corazón con la noticia. Pero ¿por qué no entra su prometido el señor barón?

Claudina tuvo que dejarse abrazar quieras o no, por la señorita Lindenmeyer, estrechar la mano de Heinemann y recibir

los plácemes de Ida. La situación se le hacía cada vez más insostenible: subió la escalera con gran turbación, y se encontró, por último, enfrente de su hermano, que estaba sentado a su mesa de escribir: Juan acabó el renglón que tenía empezado, y luego, de un salto, se encontró junto a ella, le levantó la cabeza y le dijo sonriendo y con la mayor ternura:

—¿Animosa hermanita mía! ¿Conque vuelves a mí casada como quien dice? . . . Pero, ¡mírame! . . .

Claudina no levantó los ojos, empañados por gruesas lágrimas.

¡Juan . . . , Juan!—exclamó sollozando.

Juan acarició dulcemente su sedosa cabellera, y le dijo:

—No llores . . . ¡Habla! . . . ¿Qué te ha ocurrido?

Ella refirió entonces todo lo acaecido, todo, al único confidente en cuya ternura tenía confianza plena: nada le omitió: le confesó todos cuantos males había sufrido por no haber querido admitir su orgullo la posibilidad de la sospecha.

—Y lo más doloroso de todo—añadió refiriéndose a su primo,—es que yo le quiero, ¿oyes?, que le quiero desde . . . ¡Dios mío!, no lo sé . . . , desde siempre, desde que lo conozco. El día que lo ví ante el altar junto a la princesa con quien se casaba, creí no poder sobrevivir a aquel espectáculo. Hoy pone el destino al alcance de mi mano la dicha inesperada de tener por compañero de mi existencia al hombre a quien quiero con todas las fuerzas de mi alma. El destino me ofrece hoy esa dicha, pero me prohíbe tocarla. ¡Dios mío! Tántas lágrimas que he derramado por su causa Créeme, Juan: me ha pedido en matrimonio, llevado sólo por el mismo impulso que le llevó a comprar, a todo precio, la vieja orfebrería de nuestra casa, cuyas armas no debían pasar a manos extrañas: antes quisiera él morir que soportar una mancha en el nombre de Gerold: me ha pedido en matrimonio para salvar el honor de su casa, no porque me quiera, sino

porque no ha querido que yo quedara siendo objeto del menosprecio de otros. . . . yo que llevo su apellido.

La joven se detuvo desfallecida, pero sin poder contener los sollozos.

Juan no le contestó inmediatamente: seguía teniendo puesta la mano sobre la cabeza de su hermana.

—Sin embargo, ¿y si él te quisiera?—dijo, por último, con aspecto pensativo.

Claudina se estremeció y se encontró de pie junto a su hermano.

¡Oh, Dios!—dijo, mientras que en su rostro, surcado de lágrimas, se marcaba una especie de compasión afectuosa por la credulidad de su hermano.—No, querido señor, no me quiere.

¡Quién sabe!—le replicó él.—Lotario no ha sido nunca de aquellos que fingen lo que no sienten. Desde muy pequeño, se hubiera dejado contar la lengua antes que decir una mentira, y siempre ha continuado siendo el mismo.

—Lo sé—dijo ella con orgullo.—Lotario es el hombre rigurosamente sincero que acabas de describir, por eso, no me ha dicho nunca, ni me ha dado a entender ni dejado suponer que me quisiera: y cuando le he propuesto representar la comedia de nuestra próxima boda con el fin de proporcionar algunos días de paz a una pobre moribunda; cuando le he dado seguridades respecto a las consecuencias de este compromiso ficticio; cuando le he dicho que podíamos separarnos desde este momento, ¿crees tú que haya protestado , que haya expresado algún disgusto?... No; porque en este extremo coincidíamos, yo le facilitaba el medio de llegar a su objetivo . . . , a mi supuesta rehabilitación, sin que tuviera necesidad de sacrificar su vida a su propósito. Es sincero, y al mismo tiempo justo hasta la dureza, y yo lo he podido comprobar más de una vez.

Claudina procuró dominar su emoción y habló más tranquilamente.

¿Y tú, pobre hermano mío—le dijo con afecto—tú, que has tenido el buen sentido de adoptar la soledad y de no permitir que

te arrancasen de ella; tú, a quien distraigo del trabajo, súpreme, tal como soy, por algún tiempo: me tranquilizaré, ya verás; volveré a ser tu ama de gobierno, un tierno y buen camarara para tí. ¡Ojalá no hubiera pasado nunca del umbral de la casa de los Mochuelos! Concédeme algún tiempo, y ya verás y Juan, cómo triunfo de todo eso.

Claudina besó a su hermano en la frente y se retiró a su cuarto, donde se encerró corriendo el cerrojo.

Hubiérase dicho que un manantial puro y fresco caía gota a gota sobre su alma abrazada, en aquel pacífico retiro: la joven iba de un mueble a otro como para asegurarse de que sus viejos amigos estaban en derredor suyo, y por último, se detuvo ante el retrato de su abuela.

—Tú fuiste, abuelita querida, una mujer de talento—murmuró,—¡y tú nieta ha tenido tan poco! Cara paga ahora su confianza en sí misma, caro también el orgullo que tenía y que no le permitió tener en cuenta el juicio de los demás Sí, todo eso lo paga ahora. . . . ¡pero de qué manera. . . !

XXIII

Isabelita, loca de contento, esperaba que su papá y sus tios fueran a gozar del maravilloso espectáculo que la extasiaba. La mesa estaba puesta y adornada con flores: las servilletas, hábilmente plegadas por la señorita Lindenmeyer, deslumbraban por su blancura; una corona de rosas rodeaba el respaldo de las dos sillas destinadas a los novios; además, había sobre la mesa un soberbio pastel preparado por Ida; la niña, deseando asociarse a todos aquellos preparativos, había ataviado a su muñeca con un vestido nuevo. ¿Por qué no iban?

Isabelita se fué corriendo a la habitación de la señorita Lindenmeyer.

—¿Cuándo es el casamiento?—preguntó con impaciencia.

A juicio suyo, preparativos tan considerables implicaban un casamiento inmediato.

—¡Ay pequeña mía!—le contestó la señorita Lindenmeyer con abatimiento.—A veces hay más distancia de la que nos creemos,

desde la copa a los labios.

Y en efecto, aquel noviazgo, no se parecía en lo más mínimo, según la señorita Lindenmeyer, a los noviazgos de todo el mundo. Los dos jóvenes ni siquiera pasaban juntos algunas horas. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Se conformaban acaso con las prescripciones de alguna moda nueva? ¿No cambiaba todo en el mundo? En su tiempo, los novios se separaban lo menos posible y hablaban juntos el mayor tiempo que podían, y debía seguir siendo así. En verdad, que las cosas no iban del todo derechas, y la buena vieja suspiró profundamente.

—Retira todo eso—dijo a Ida, a la cual había llamado;—las avispas acabarían por comerse todo el pastel y no es para ellas para quienes lo hemos amasado y dorado con tanta delicadeza. ¡Y nuestras hermosas coronas perfumadas! Están hechas con todo cuanto hay de más hermoso sobre la tierra. Ida, Ida; yo no sé por qué . . . , pero me siento tan agobiada, tan desanimada!

—La niña quiere pastel—dijo Ida,—y no es razón que no se casen para que ella haya de ayunar.

Isabelita siguió a la criada.

El contristado jardinero, sentado en el banco delante de la puerta de la casa, silbaba un aire melancólico, y al mismo tiempo que quitaba la mesa que había sido desdénada, cantaba Ida, delante de la ventana abierta la letra de aquella música:

**Dos amantes tortolitas
estaban en una rama,
y sabían que si se separaban
ya no habría felicidad para ellas.**

Ni Heinemann ni Ida sospechaban hasta qué punto entristecía su copla a la señorita Lindenmeyer, quien se inclinó fuera de la ventana y dijo muy irmitada:

—Cállense ustedes. Esas no son cosas para cantarlas ahora.

Claudina había oído la música y la letra.

—(¡Si se separaban!)—murmuró;—pero ellas se querían y no pensaban en separarse. . . . ¿Y nosotros?

XXIV

La nieve ha hecho ya su primera aparición en las montañas. Ya los edificios prodigan a sus habitantes las sensaciones de bienestar, un tanto melancólico, que son la compensación de los rigores del invierno. Los grandes braseros de barro mantienen en toda la casa una agradable temperatura: las ventanas exteriores están encuadradas de musgo a fin de que ninguna corriente de aire pueda penetrar en la casa: pueden pasarse cómodas veladas a la luz de la lámpara que alumbraba los utensilios destinados a tomar el té.

En ninguna parte se dejaba sentir con tanta intensidad aquella impresión de cómodo bienestar y de pacífico goce, como en el saloncito del castillo de Maisonneuve perteneciente a Beata.

Hallábase ésta ocupada en la redacción de una larga epístola:

“Después de contestadas tus preguntas relativas a la explotación de nuestras tierras y a su rendimiento, que son satisfactorios, voy a abordar, hermano mío, asuntos del corazón.

“He ido a la casa de los Mochuelos y he encontrado en ella a Claudina ocupada en dar lecciones a Isabelita. Bien quisiera enviarte esta vez noticias que fuesen, más de tu agrado; pero todo está siempre en el mismo ser y estado. Ella no habla nunca de tí, y cuando yo trato de llevar la conversación a lo que tiene relación contigo, no obtengo respuesta alguna, o, por lo menos, respuesta que me satisfaga. Ella parece no tener más que un interés en el mundo, el de la salud de la duquesa. Vive en completa reclusión: su distracción única es la que le ofrecen algunos paseos solitarios: está pálida hasta la exageración. Juan ese torpe egoísta, o no lo nota, o no lo quiere notar, pero hoy le he cantado las cuarenta: le llevaba precisamente a su hermana un voluminoso manuscrito para que se lo copiara, y yo me he apoderado de él en sus narices, diciendo: “Con el permiso de usted, yo me encargo de hacer ese trabajo: abusa usted de las fuerzas de la pobre Claudina, y no

se ha de vivir tanto en las ramas, amigo mío". Sé que ella ha despedido a Ida y que se ha vuelto a encargarse de todos los cuidados de la casa: guisa, cose y repasa la ropa, y en verdad que no lo hace del todo mal. Ha hecho progresos sorprendentes. ¡Qué hermoso instrumento es la voluntad! Se la puede emplear con éxito en todo lo que se quiera, sólo que lo primero que hay que hacer es tenerla, y luego, no dejarla nunca.

Resumiendo: tiene bastantes ocupaciones sin necesidad de gastar sus hermosos ojos azules, que tanto han llorado, en copilar manuscritos. Siempre aparece con los ojos enrojecidos, y cuando le pregunto: "¿Has llorado?", me responde con su serena gravedad: "Yo... ¿Por qué he de llorar?".

"Juan me ha mirado con gran sorpresa cuando le he dicho que en adelante le serviré de copista: me parece que le disgusta que yo penetre en el santuario de sus pensamientos: no se ha atrevido a rechazarme, lo que hubiera sido trabajo inútil: es uno de esos hombres a quienes hay que ayudar sin que se percaten de ello: las energías de otro deben llenar en él el vacío de las que le faltan: de esta manera, puede hacer mucho que sea hermoso y bueno.

"Dispénsame que te hable tanto de Juan, cuando lo que tú quieres es conocer los actos y hasta los gestos de Claudina. Me preguntas si usa la sortija de desposada, y te digo con pesar, pero la verdad ante todo, que no la lleva puesta. Le he preguntado acerca de ello, y se ha sonrojado mucho, pero no me ha contestado; he echado de ver, no obstante, en la comisura de sus labios, cierta expresión de amargura que conozco bien. Creo que hubieras debido proceder con ella de otro modo que lo has hecho, aunque no dejo de comprender que era difícil, dado el estado de las cosas.

"Algunas veces pienso que, en efecto, el duque... No, no, Lotario, no quiero causarte inquietudes. Soy muy torpe en esos asuntos, y, por otra parte, no sé lo que ha ya podido haber entre vosotros dos y no quiero penetrar en vuestros secretos. Quiera Dios que esas nubes se disipen de una

vez. Lo que sí sé de una manera positiva, lo que yo garantizo, es que si no queréis entenderos pronto y de una manera categórica, seréis los dos mortalmente desgraciados. Muchas veces tengo que violentarme para no entrar bruscamente en su casa y decirle: "¿Qué demonio de asuntos son éstos? El uno aquí, el otro allá... sepamos, ¿os queréis o no os queréis? Explicaos en nombre del cielo y que sepa una a qué ateniarse". Pero tú me lo has prohibido, y es preciso obedecer, lo cual es muy duro cuando una cree que, distinguiendo las cosas un poco, irían mucho mejor.

"Siempre que voy a la casa de los Mochuelos, llevo a Leonia, pero trabajo perdido: se diría que ni siquiera ve a la niña, y no es por vanagloriarse pero vale la pena de que se la mire, según lo fresca, viva y bonita que se ha puesto en estos últimos tiempos. Una vez me encontraba yo en la habitación contigua sin que ella pudiera sospechar que yo la observara, y la ví coger a tu hija en sus brazos y besarla con ternura; pero tan pronto como entré en la estancia, recobró Claudina su actitud indiferente.

"La señora de Katzenstein ha escrito a Claudina comunicándole que la princesa Elena estaba en Cannes con la duquesa; que se ha operado en ella una transformación casi milagrosa. Cuida a la duquesa con paciencia infatigable, y ésta hace de ella grandes elogios en las cartas que le escribe a Claudina casi a diario, y a las que Claudina contesta con rigurosa exactitud; pero esta correspondencia, que la distrae algo, parece más bien impacientarla, y se la ve disgustada, por decirlo así, cuando el cartero le entrega un voluminoso pliego sellado con las armas ducales. En todas, o casi todas las cartas, le pregunta la duquesa: "¿Cuándo te casas? ¿Por qué no me hablas de tu futuro, de tu felicidad?" Y muy a menudo recibe entre las hojas de la carta una flor de azahar. Yo no sé lo que contesta Claudina; pero, a juzgar por la repetición de las preguntas, creo que no le contesta absolutamente nada.

"Esto, más que una carta, es un informe.

¿Tendrás paciencia para leerlo hasta el fin? Y, sin embargo, aún tengo que escribir mucho hoy: voy a empezar la copia del manuscrito de Juan: ya lo he hojeado algo: es el segundo tomo de sus "Recuerdos de Viaje por España", en el que se encuentran páginas muy hermosas: todas son interesantes. ¡Qué talentazo tiene este bueno de Juan! ¿Quién lo hubiera podido creer?

—¿Qué más quieres saber, Lotario, Príncipe, y te contestaré con exactitud; pero no prolongues demasiado tu estancia en tu solitario castillo de Sajonia. Te envío en este sobre un ricito de cabellos de la niña.

—La princesa Tecla tiene a su servicio a la señora de Berg; ¿lo sabías? También te diré que el duque no ha llevado a Cannes al señor de Palmer, su gran favorito, ese inglés o americano, o lo que sea, que yo no lo sé a ciencia cierta, ni él tal vez tampoco. El hecho ha sorprendido a todo el mundo, porque parecía que el duque no podía pasar sin él. Dios me perdone, pero el señor de Palmer me hace el efecto de un bellaco".

Beata, después de poner la firma al final de la interminable carta, escribió la dirección de su hermano en el sobre y se dispuso a trasladarse a la habitación de la niña: era la hora en la cual se le servía la sopa, y Beata no se dispensaba de probarla antes, con el objeto de cumplir con exactitud su deber; pero se abrió la puerta y entró el jardinero de la Casa de los Mochuelos.

—¡Hola!—dijo al verlo entrar calzado con botas altas, envuelto en un fuerte abrigo y con la gorra de pieles en la mano.—¿Qué ocurre por allá?

—Gracias a Dios, nada; pero hemos recibido un telegrama que le obliga a la señorita a tomar el tren de la noche, y me envía para rogar a usted que le preste un trineo para ir a la estación próxima.

Beata dió la orden para que se enganchara en seguida, y ofreció al anciano un gran vaso de té caliente.

—Voy a casa de mi prima—dijo.— Usted tiene sitio en el pescante.

—Precisamente era lo que deseaba mi

señorita me había olvidado de decirlo—murmuró Heinemann.

Al cabo de un cuarto de hora escaso se deslizaba Beata rápidamente sobre la blanca capa de nieve que, a manera de colchón, cubría el camino de la selva.

La casa de los Mochuelos se destacaba bien de los árboles blancos, y sus ventanas parecían ojos inflamados tratando de sondear los misterios de la selva. La señorita Lindenmeyer salió a su encuentro en el vestíbulo: estaba muy confusa y con los ojos llenos de lágrimas. Juntó las manos, y dijo a Beata en voz baja:

—¡La duquesa toca a su fin!

Beata se lanzó por las escaleras y luego en la habitación de Claudina, que estaba preparando una maleta y que volvió hacia ella el rostro, pálido por la emoción.

—¡En nombre del Cielo! — exclamó Beata.—¿Vas a Cannes?

—No—repuso Claudina; no voy más que hasta la residencia: la duquesa quiere morir en su casa.

—Y al decir esto, se tapó el rostro con las manos y estalló en sollozos.

—¿De modo que la traen?... ¡Claudina, por Dios, no llores así, te lo ruego! ¿No sabías que no podía vivir?

—Beata, ahí tienes el telegrama de la señora de Kalzenstein. La duquesa espera encontrarme en palacio; llegará mañana a la tarde; el despacho está expedido en Marsella. Beata, te suplico que te cuides algo de la niña: Juan está de tal manera ocupado en sus trabajos, que es inútil hablarle de esas cosas, y la señorita Lindenmeyer es algo distraída y olvidadiza. Pensé hacer venir a Ida, pero me han dicho que está colocada.

—¿A qué viene todo eso? Cualquiera diría que no te atreves a pedirme un ligero favor de amiga, dijo Beata, refunfuñando y ayudando a Claudina a ponerse el abrigo. Eso se cae de su peso: no tengas inquietud alguna por lo que aquí dejas: tú misma te buscas los disgustos, que acabarán por martarte. Envuélvete bien y...

(Continuará)

“Sin la Religión Católica el mundo caería de nuevo en el caos.” - THIERS

Con la aparición de Cristo sobre la tierra comenzó para ella la era de verdadera paz y de genuina bienandanza, pues fue sin género de duda, Cristo, quien dió al mundo la paz, que el mundo no conocía y es El el único que puede mantener esa paz, de aquí que jamás podrá existir cuando los hombres se empeñan en apartarse de El.

Y para cimentar bien esa regeneración social que Cristo trajo a la tierra, fundó la Iglesia y como sólo la verdad es la única capaz de salvar al mundo, fundó la Iglesia y al fundarla la constituyó como la columna y el firmamento de esa misma verdad, según el sentir de San Pablo.

Yo soy la verdad, dijo Cristo categóricamente, y la fiel tesorera de esa verdad es sólo la Iglesia, puesto que sólo ella ha recibido sus enseñanzas, sus doctrinas salvadoras, su Evangelio y su vida divina.

De suerte que es la Iglesia Católica como la fuente surtidora que da al mundo lo mismo que ella recibió de su Divino Fundador, y como Cristo quiere que sus enseñanzas y doctrinas salvadoras se perpetúen hasta el fin de los tiempos, le prometió por eso a su Iglesia la perpetuidad de manera que ella es indestructible por más que en lo contrario se empeñen sus enemigos, que nunca le faltarán, pero nunca tampoco la destruirán, porque ella está

plantada por la mano de Dios.

Jamás se ha salvado el mundo, cuando lo ha pretendido, contrariando las normas de la Iglesia, y todos los intentos que se han hecho para salvar al mundo prescindiendo de la influencia bienhechora de la Iglesia, se cuentan por sus fracasos.

Los bienes que la Iglesia dispensa al mundo son tantos, que hacen de ella, la verdadera salvadora de la humanidad, no ha habido clase social que no tenga que agradecer a la Iglesia sus múltiples favores; fue ella la que trató con amor de madre a los pobre esclavos que no eran sino meras máquinas de trabajo y artículos de comercio, fue la Iglesia la que salió a su defensa, proclamando que son hombres como los demás y que sus almas son también la imagen y la semejanza de Dios. En el reparto de sus bienes traspasa la Iglesia los límites de razas, de manera que aquellas razas despreciadas por los demás han merecido las solicitudes especiales de parte de la Iglesia y hasta ellos envía los misioneros que se encargan, al par de levantar su postración moral, de procurar también su bien material.

En vista de todo esto, fuerza es sentir como Thiers de que “sin la religión católica, el mundo caería de nuevo en el caos”.

Fernando Sarratea S.
Presbítero.

Interesante Conferencia sobre la influencia nociva del cine en la criminalidad juvenil

*Envío de Doña Aída Peláez de Villa
Urrutia, Directora de “Atlántida”*

Señores:

El Presidente del Club Rotario de la Habana, Dr. Manuel Galigarcía, que es un especialista en enfermedades nerviosas y mentales, plantea con ademán científico el problema del cinematógrafo entre nosotros. Aplaudimos con calor su iniciativa y proclamamos que, en la realización de ella, los Rotarios, incansables Cruzados del bienestar común, tienen una de sus obras más bellas y trascendentes.

El problema científico del cine ha sido analizado

con tanta detención por los psicólogos, pedagogos, criminalistas, sociólogos y publicistas, que, en una breve charla es imposible sintetizar todas las cuestiones planteadas y analizar con sus detalles fundamentales las fórmulas ofrecidas por su acertada resolución social.

Los estudios hechos acerca de la sugestión literaria y el delito, la influencia de las películas sobre la criminalidad, el cine como factor de delincuencia juvenil, han sido tan nutridos y concordantes que,

desde hace algunos años, en los países de más refinada cultura se ha iniciado la lucha contra las películas nocivas, perjudiciales, desmoralizantes, relajadoras y peligrosas.

Las observaciones fueron tan certeras y decisivas las exposiciones, que en los países más alertas de Europa y América, se crearon organismos especiales para la censura cinematográfica o revisión de las películas, a fin de retirar las cintas inmorales o las que menoscabaran el más alto concepto de las naciones amigas. T. P. Connor, en un interesante libro, ha expuesto "Los Principios de la Censura Cinematográfica". Examinado las leyes y reglamentos promulgados en las distintas naciones, se observa que los problemas sexuales y los nacionales, es decir, la honestidad y el patriotismo, han sido los objetivos fundamentales en la instauración de la censura.

Y a medida que se ha ido profundizando el tema, multiplicando los estudios y completando las observaciones, ha sido más evidente el poder sugestivo de las películas sobre los niños y adolescentes, comprobando los peligros del cinematógrafo, los cuales se procura aminorar con una legislación científica y adecuada. Alberto Hellwig en sus obras acerca de las "Películas Peligrosas" y "La Infancia y el Cinematógrafo", ha reunido un copioso material a este respecto. Producto de la excepcional labor de Hellwig es la Ley alemana sobre la Cinematografía.

Ha sido tan honda la preocupación por el cine, que hasta la Sociedad de Naciones, reúne informes internacionales acerca del tema y muy especialmente sobre las relaciones entre el cinematógrafo y la criminalidad.

El Prof. Lange, de Tubinga, en su libro sobre "El cinematógrafo de hoy y del porvenir" expresa que, si las crónicas judiciales pueden considerarse como "cursos de instrucción para criminales", se puede calificar el cine de "alta escuela de criminalidad".

Las tendencias profilácticas se han exteriorizado en múltiples asambleas científicas, especialmente en los Congresos de Protección a la Infancia y en los de Pedagogía, formulando determinadas medidas para preservar a los niños y adolescentes del influjo sugestivo y desmoralizante del cine.

En los Estados Unidos, Holanda, Checoslovaquia y otros países, por Leyes y Reglamentos que ha comentado con su tino habitual el Prof. Luis Jiménez de Asúa, existe una censura especial para las películas destinadas a ser exhibidas a niños y adolescentes. Además, para hacer más eficaz la obra preventiva, en algunas naciones se prohíbe la entrada de los jóvenes en los cines. En Suecia la edad límite es de 15 años, en Bélgica, Dinamarca, Londres, Noruega, Portugal y

Austria, es de 16 años, y en Luxemburgo y Polonia es de 17.

El Dr. Hugo Lea Plazós, distinguido psiquiatra y neurólogo de Chile, en el "Boletín de la Dirección General de Protección de Menores", ha ofrecido un proyecto de censura cinematográfica para sustraer a la niñez de la influencia perniciosa de ciertas películas. Las bases del proyecto son las siguientes:

- 1.—La censura tendrá valor absoluto hasta la edad de 16 años, pudiendo elevarse a los 18 en casos determinados.
- 2.—El aspecto moral externo, los factores psicológicos puestos en acción en el desarrollo de la trama cinematográfica, debe tenerse presente en la censura.
- 3.—La censura debe confiarse a una Comisión, en la cual deben figurar dos miembros de la Dirección de Protección de Menores.

Todo el movimiento internacional que brevemente hemos bosquejado, se ha realizado con una absoluta inercia científica por nuestra parte. En efecto, los niños y adolescentes, solos o acompañados, concurren a las tandas diurnas y nocturnas para ver los ardidés que usan los criminales que burlan la vigilancia de la policía, las estratagemas de que se valen las esposas pérfidas para engañar a sus maridos, los recursos que emplean los Tenorios profesionales para conquistar mujeres casadas, las eróticas combinaciones ideadas por los "desfloradores", según la definición de Paul Bourget, para arrastrar a las doncellas y los suculentos trucos de la mujer alegre para engañar a jóvenes inexpertos o explotar a viejos ricos... Y no hablemos de los fantasmas, de los ladrones y asesinos, cuyo recuerdo llenan de pánico al niño que, llorando y transido de miedo, clama por dormir en compañía de sus padres.

El niño — como certeramente escribe Balthazar de Sylveira — va a las representaciones cinematográficas con una complacencia que el menos psicólogo puede comprobar. Y no importa que la película sea la reproducción de actos heroicos, o una acción que sirva de ejemplo, o un sacrificio noble que merezca imitarse; igual asistirá cuando la cinta represente hechos que degradan al hombre, robos y homicidios, cuyos audaces autores jamás logra detener la policía. Y al dejar el cine — al que quizás fue con la sola intención de distraerse y descansar de sus tareas escolares y no para instruirse en la ciencia del mal — el niño llevará la retina herida y su cerebro agitado por los episodios que contempló.

Como hijo de un siglo en que la libertad del pensamiento es una de las supremas garantías que las Constituciones ofrecen al hombre, jamás apoyaré la sanción de leyes que coarten esa sagrada

libertad; pero para evitar días sombríos y para no privar al Estado de ciudadanos útiles y dignos, mantengo la urgente necesidad de hacer una prudente y racional política de previsión social.

El Dr. Kalbus en su obra sobre "La Película Instructiva Alemana en la Vida Científica y en la Enseñanza", señala el gran porvenir pedagógico de la cinematografía. Avizorando los nuevos horizontes y teniendo en cuenta la precocidad psíquica y sexual de los nativos de las tierras tropicales, laboremos por la creación de una cinematografía pedagógica, que instruya, eduque, moralice y oriente.

Es incuestionable que el cine ha tomado nuevos derroteros. Los argumentos de las cintas, no tienden a regocijar como en los días de Max Linder, con "A papá la purga", sino a desarrollar escenas de móviles psicológicos más complejos. Hagamos una legislación para deslindar los campos, a fin de dar a la infancia el espectáculo sano y moralizador que necesita su mentalidad y que su evolución moral reclama.

El mismo valor que se reconoce al cine como medio didáctico, sirve para demostrar cuán temible medio puede ser también de perversión de las mentes juveniles o débiles, y si pensamos un instante —escribe el Prof. Mario Ponzo— en la enorme desproporción que existe actualmente entre las cintas de argumento instructivo y las de argumento fantástico, dramático o sensacional, es preciso llegar a la conclusión de que si fuera posible estimar en una balanza el bien y el mal del cinematógrafo, el platillo del mal quedaría mucho más bajo.

Y nosotros que llevamos algunos años peregrinando

por reformatorios, cárceles y presidios, podemos proclamarlo.

Deben instituirse tandas infantiles y prohibirse a los menores, tanto solos como acompañados, la entrada en las funciones para adultos. Hagamos esto de acuerdo con nuestra psicología tropical, caracterizada por la precocidad y la fantasía, y en los Asilos, Reformatorios, Escuelas Públicas y Colegios privados, en todos los centros en contacto perenne con la niñez, tanto normal, como débil y descarriada, hagamos una Cruzada pedagógica por medio del cinematógrafo, que puede ser una inmensa cátedra de civismo y honestidad.

En el Museo de Historia Natural de Nueva York, semanalmente, se proyectan cintas instructivas para niños y adolescentes, así como películas para estimular y arraigar el amor por el estudio de las ciencias naturales. Cuba, por su magnífica naturaleza, tiene un campo maravilloso para esta labor. Por el cine podemos inculcar a la niñez el amor a nuestra tierra.

Y donde abunden los niños débiles, las mentalidades deficientes y los tarados, deben proyectarse periódicamente cintas saludables y optimistas, que provoquen reacciones psicológicas bienhechoras.

Rotarios: consagrémonos a luchar por la salud mental y física de los niños, esforcémonos en temprarlos moralmente para las ingentes luchas del futuro, porque en la mayor parte de los adultos tenemos nula fé.

Forjemos con la niñez olvidada, una raza nueva. ¡Llevemos a cabo una Cruzada Cinematográfica y Pedagógica para preparar este salvador evangelio eugénico!

Amor sublime

Por una de las Directoras de "Atlántida"

Te amo! Sí, te amo por encima de todas las cosas! Te amo con todas las fuerzas de mi alma! El mundo desaparece y tú surges ante mi vista, y mis ojos se extasían contemplándote al través de mi calenturienta imaginación que, conducida en alas del amor que para tí guarda mi alma, no necesita la presencia de tu retrato, la dulce mirada de tu imagen, para verte, para sentirte cerca, muy cerca de mí a tí, amor de mis amores; a tí, consuelo de todas mis penas, a tí que me sostienes, que me alienatas; a tí que no han logrado borrar de mi corazón, ni te borrará nada, ni nadie! Tú te alzas por encima de todos los "sabios" consejos de los filósofos mundiales que, endurecido

su corazón y extraviado su cerebro por el estudio constante, que viene a demostrarle lo mucho que ignoran, reniegan de ese amor grande y sublime, tan necesario en la vida, y que hace acreedores de compasión a todos aquellos que no les dan albergue en su pecho. Oh! amor de mis amores, bendita sea la persona que me hizo conocerte! Bendita una y mil veces quien me enseñó a amarte! Bendita tú, madre mía! Bendita tú, que me hiciste comprender los tesoros que guarda la fe y que sostienen mi amor al Divino Jesús!

Aída Peláez de Villa-Urrutia.

(EUGENIO)

CAMINO DE LA VILLA

Camino de la Villa

Mi niña va

Y por ese camino

No volverá.

I

Desde su más risueña

Dichosa edad

Amó mucho a la Virgen

Del Tepeyac.

Siempre tuvo su imagen

Por talismán,

Siempre le puso cirios

Sobre su altar.

La rezaba en las noches

Con tal piedad

Que con sus oraciones

Me hizo llorar.

Para el mes de diciembre

¡Con cuánto afán

Cultivaba las rosas

De su rosal!

Se las llevaba al templo

Llena de paz,

Ungidos con la esencia

De la bondad,

Y allí exclamaba:—¡Oh Virgen,

Poco te da

La que contigo llena

Su soledad.

Este año pocas rosas

Dió mi rosal,

Pero el año que viene

Te traeré más.—

Y alegre y satisfecha,

Libre del mal,

¡Qué feliz regresaba

Hacia el hogar!

II

¡Qué quieta va la niña!

¡Dormida está!

Y los que la acompañan

De negro van.

Tristes y oscuros paños

Velan su faz

Y la suben en hombros

Al Tepeyac.

.....
¡Por qué no busca el templo,

Ni en el altar

Deja las frescas rosas

De su rosal?

Blanca como la cera

Tiene la faz;

Sus manos como lirios

Cruzadas van;

Sus ojos, antes llenos

De claridad,

Cerrados para siempre

No miran más.

Lleva colgado al cuello

Su talismán;

—¡La imagen de la Virgen

Del Tepeyac!

¡Ay!, ¡pobre de mi niña!

Durmiendo está

Ese sueño que arrulla

¡La eternidad!

III

¡Oh, niña de mi vida!

¿Por qué te vas?

Sin tí, queda más sola

Mi soledad!

Eres para mis horas

Flor de azahar,

Símbolo de pureza,

De castidad!

Eres para mis horas

Que azota el mal,

Tierno ramo de oliva,

Nuncio de paz.

Mis culpas, tu pureza

Logró lavar,

Que tú para mis culpas

Fuiste el Jordán,

Mira qué triste dejás

El dulce hogar.

Las aves que cuidaste

No cantan más

Y el rosal de la Virgen

Marchito está;

.....
¡Durmiendo eres dichosa?

Duérmete en paz...

¿Quién besará tus ojos

Al despertar?

¡Oh, niña de mis sueños!

¡Mi solo afán!

¡Es muy honda y muy negra

La eternidad!

.....
Camino de la Villa

Mi niña va

Y por ese camino

No volverá.

Juan de Dios Peza
(mejicano)

Acción de Gracias al Santo Cristo de Esquipulas

De todo corazón doy infinitas gracias a mi Jesús Crucificado por un gran favor que me ha concedido.

Abigail Brenes de Hernández

Don Luis Feoli

En Cartago ha sido muy sentida la muerte del apreciable caballero italiano don Luis Feoli, esposo de doña Adelina Peña de Feoli y padre de varios hijos que quedan en la más profunda tristeza con la muerte de su inolvidable progenitor.

Para su virtuosa esposa, para sus hijos y demás familia enviamos nuestro más sentido pésame y deseamos mucha resignación a la estimable familia prometiéndoles no olvidarlo en nuestras oraciones.

Don Carlos Mangel

La muerte siempre causa tristeza, pero cuando muere una persona como Carlos Mangel, la impresión es profundamente dolorosa.

Joven, lleno de vida, simpático, con esa dulzura y simpatía tan pareja para todo el mundo; el orgullo jamás lo conoció, siempre humilde, sabía atraerse el cariño de todos. Ser vicial y atento, con esa fineza que sale de un corazón que desea servir y ser útil a sus semejantes. No hay una sola persona que no sienta de todo corazón la desaparición de este bueno y sincero amigo, al que no solo envia-

remos nuestras oraciones, sino también nuestros mejores recuerdos.

Para su apreciable esposa doña Isabel Fernández de Mangel e hijos, para el muy querido y apreciable don Teodoro Mangel su padre, a sus distinguidas hermanas doña Julia de Woodbridge, doña Odilie de Bremaud, doña Chaba de Patterson, para don Francisco de P. Gutiérrez y señora, para la familia Fernández, para la señorita Petrita Rosat y demás familia enviamos nuestro más sentido pésame por tan irreparable pérdida.

Don Raúl Castro Béeche

Muy sentida en nuestra sociedad ha sido la muerte del culto caballero don Raúl Castro Béeche, miembro de la muy apreciable familia Castro Béeche.

Para todos sus hermanos y demás familia

enviamos nuestro muy sentido pésame y muy especialmente a don Rubén Castro B., señora y familia, y don Ricardo Castro B., señora y familia.

Enfermeras graduadas

El día de la inauguración del Edificio de la Facultad de Medicina recibieron su título de enfermeras dos muy buenas amiguitas nuestras, las señoritas Clemencia Brenes I. y Ana Isabel Alvarado G., a quienes felicitamos con el mayor entusiasmo y también enviamos nuestras sinceras felicitaciones a todas las enfermeras graduadas cuya lista es la siguiente:

Flora Aguilar y Alba María Esquivel Cabezas, de Alajuela; Luisa Araya, Enfermera y Obstétrica; Flora Arce, Clemencia Brenes, María C. de Fernández, Claudia Calvo,

Adilia Cordero Z., Ana Isabel García, María T. G. de Aymerich, Enfermera y Obstétrica; Amable Herrera de Mondragón, Enfermera y Obstétrica; doña Caridad M. de Kokemper, Enfermera y Obstétrica; Katheryn Jethson, Enfermera y Obstétrica; Carmen Paniagua; Marta Q. de Calderón, Jefe del Salón de Obstetricia del Hospital de San Juan de Dos; Chepita Rojas; Mabel Rowel, Enfermera y Obstétrica; Adriana V. de Prado, Lilia Vizcain, Emma Zúñiga y María G. de Fernández, de Heredia.

Bergson convertido al Catolicismo

Transcribimos de la revista "Criterio":

"La intelectualidad francesa que había ido a dar hasta los delirios de Fichte y el nirvanismo de Hartmann, reconoce que ha andado perdida y vuelve franca y decididamente al catolicismo. El genio de la filosofía francesa busca la luz, la certeza, la realidad, y todo lo halla en el catolicismo. Emilio Boutroux inició la campaña contra el CIENTISMO; Maritain marcha delante como abanderado; Bergson ahora, convertido y bautizado en París a la edad de 76 años, rinde pleito homenaje a la fe y a la filosofía católica.

Enrique Bergson nació en París el 18 de octubre de 1859. Allí fue profesor de la Universidad y miembro de la Academia Francesa. En 1928 obtuvo el premio Nobel en Literatura. De los filósofos franceses contemporáneos, Bergson es, sin duda alguna, el más célebre. Ha ejercido un influjo enorme en la vida intelectual de nuestra época. Al gran éxito que obtuvo su filosofía contribuyó mucho la forma simbólica y artificial de sus obras.

Su sistema filosófico, el bergsonismo, aspira a acabar con el materialismo y positivis-

mo, y edificar un nuevo fundamento a la metafísica, a la libertad y al espiritualismo. Influenciado mucho por las ideas de Hegel y Schopenhauer, parte de una concepción nominalista del intelecto humano. Según Bergson, no es el concepto de la mente, sino la intuición instintiva la que conoce la realidad. Lo real no es una entidad acabada sino un jamás interrumpido DEVENIR del ELAN DE LA VIE o sea, eterno anhelo de la vida. Las cosas son momentáneos productos de estos impulsos vitales que está sobre el sér mismo, y el DEVENIR es el eterno brotar de UNA CAUSA incondicionada. El centro de este eterno devenir y brote es Dios.

Bergson no enseña el panteísmo; pero, como consecuencia lógica del sistema confunde a Dios con el "fieri" o devenir de las cosas; y cree, como Heráclito y la antigüedad, que debe negar toda estabilidad en las cosas y aun el mismo sér permanente y sus inmutables relaciones con las demás cosas. Al fin ha logrado Bergson hacer desaparecer ese caos de su mente gracias a la luz de la fe católica.

Qué es nuestro cuerpo?

Nuestro cuerpo no es más que una apariencia pasajera, una envoltura dentro de la cual reside y obra la esencia de cada individuo, es decir, el espíritu, que participa del carácter inmaterial e inmortal de su Creador. El cuerpo está constituido, en efecto, de materiales terrestres, que se renuevan incesantemente, sin que se destruya la construcción específica y la semejanza propia de cada individuo. Y es la fuerza vital innata y dirigida por el espíritu la que mantiene, coordina y defiende al organismo físico.

Esta fuerza vital desempeña en el hombre el rol que la Providencia ejerce en el Universo. Dirige las funciones generales; reparte el trabajo a cada órgano, según su capacidad y necesidades; castiga los errores de conducta individual, haciendo que se declaren males y sufrimientos. Y es siempre, gracias a su acción

reguladora y reparadora, que se operan las curaciones, cualesquiera que sean los agentes de estimulación empleados.

Detrás del placer y del dolor existe, pues, no el azar diabólico, sino la ley divina; no el imperio del mal, sino el triunfo del bien, aunque nos rebelamos y no lo creamos así al sentir la mordedura del sufrimiento.

Pablo Cartón

Claro. Abogando por los derechos femeninos, decía una señora:

—¿Dónde estaría el hombre si no fuese por la mujer?

—Yo lo sé,—contestó uno.

—¿Dónde?

—En el Paraíso.

El código de las mujeres

—No tengas muchas amigas. Las mujeres son egoístas y sólo desean la desventura de las demás. La única amiga desinteresada y noble es la madre.

—Si tienes la felicidad de encontrar una amiga que siempre te aconseja bien, consérvala a todo trance.

—Nunca te escudes en tu debilidad. La más triste de todas las debilidades es el ser débil.

—No busques en los hombres aquello que pasa fugazmente. Aprécialos, más que por su dinero, por su caballerosidad y sus bondades.

—Si quieres ser buena, huye de las malas mujeres.

—Trabaja mucho, porque el trabajo engrandece, dignifica y desaloja los malos deseos.

—Viste con decencia. Desecha el lujo; porque éste es causa de muchos males y de constantes humillaciones.

—Aspira siempre a subir y ten mucho cuidado en no descender. El lodo cubre los diamantes; la luz abriga el carbón.

—Sé, como madre, amante; como hija, humilde; como esposa, amante y humilde.

—Mujer; practica estos preceptos y la felicidad será tu compañera.

RECETAS DE COCINA

(A cargo de doña Digna Casal de Solari)

BANANO CON QUESO. — Se pelan no muy maduros, se fríen enteros en sufi-

ciente manteca caliente, se les hace una hendidura a lo largo y se rellenan con queso blanco rallado, se colocan en un platón que resista el fuego, untado de manteca, se les rocía azúcar y canela en polvo, se colocan encima unas pelotitas de mantequilla y se meten al horno hasta que estén dorados.

BANANOS CON CREMA. — Se pelan unos bananos maduros y se cortan en rebanadas, se coloca una capa de tajadas de banano, se rocían con azúcar en polvo y se les ponen encima pedacitos de mantequilla y unas gotas de limón y se continúa así, en capas. Se meten al horno caliente hasta que estén dorados. Se retiran del horno y se le echa encima natilla (crema de leche) o natas de leche cocinada.

ARROZ CON LECHE DE COCO. — Se ralla un coco, se le echa dos cucharones de agua hirviendo, se pasa por un colador de manta rala y se exprime bien para que salga toda la leche. Se lava un cuarto de libra de arroz y se pone al fuego con la leche del coco, cuando empieza a hervir se retira un poco del fuego, se tapa y se deja cocinar lenta-

EL ALIMENTO IDEAL



mente hasta que esté bien cocinado y reven-
tado, entonces se le agrega dos tazas de le-
che caliente, azúcar al gusto, se vuelve a ta-
par y se continúa cocinando hasta que vuel-
va a secar la leche, se pone en una fuente
y se espolvorea por encima con canela.

LENGUA DE RES EN MOSTAZA.—

Se coge la lengua sin la raíz y se lava
muy bien, se pone en una cacerola y se le
echa agua fría hasta tajarla, un tomate, una
cebolla, un diente de ajo, laurel y tomillo y
y unas bolitas de pimienta. Se pone a cocin-
ar, cuando da el pellejo se pela. Se le po-
ne la sal a la lengua y se continúa cocinán-
dola hasta que esté suave. Luego se saca
de este caldo y se deja enfriar. Se baten
muy bien dos huevos, se les agrega una onza
de mantequilla derretida y fría una cuchar-
dita de mostaza fresca y en polvo, sal pi-
mienta, un poquito de perejil y apio pica-
dos, formando todo esto una salsa con la que
se baña bien la lengua, se espolvorea con mi-
ga de pan rallado y se envuelve en un pa-
pel de esperma untado de mantequilla, y se
coloca en un platón y se mete al horno unos
10 minutos y se sirve.

LENGUA EN SALSA DE ALCAPA- RRAS. —

Se cocina una lengua como la
anterior y se corta en tajadas. Aparte se
fríe en manteca una cebolla picada finamen-
te, cuando está cocinada se le agregan dos
tomates pelados y sin semillas, un poquito
de perejil picado, sal, pimienta, una cucha-
rada de harina de trigo, se deja freír un

momento y luego se le agrega poco a poco,
un poco de caldo hirviendo colado, (del cal-
do en que se cocinó la lengua) se le agregan
unas alcaparras, una copita de jerez seco y se
está moviendo constantemente hasta que
hierva y el tomate esté deshecho; se agrega
la lengua en tajadas y se deja cocinar un ra-
to meneándola a menudo para que la lengua
absorba la salsa. Se ponen al horno rebana-
das de pan cuadrado untadas de mantequi-
lla, cuando están doradas se colocan en un
platón y sobre cada una se ponen rebanadas
de lengua bañándolas con la salsa, se les
ponen encima unas cuantas alcaparras más
como adorno y se sirve adornada con perejil.

COCKTAIL PARA DAMAS. —

Se toma el jugo de 3 limones maduros y media
botella de agua, 3 onzas de azúcar, 2 copas
de vino vermouth y 2 copas de ron viejo o
cognac. Se hierva el agua con el azúcar, se
le agrega el jugo de los limones y se retira
del fuego y se deja enfriar completamente.
Se le agregan los licores, se embotella y se
pone en el hielo para servirlo bien frío. Pa-
ra servirlo se le pasa al borde de las copas
medio limón y se vuelcan sobre azúcar gra-
nulado y en cada copa se pone una ruedita
de limón y se llenan con cocktail.

COCKTAIL DE HUEVOS. —

Se coge una onza y media de sirope de goma. 1
copa de vermouth, una de cognac o ron viejo,
un huevo crudo, la corteza rallada de un li-
món, o nuez moscada rallada o canela en pol-
vo. Se mezcla todo en la cocktailera, se bate
bien y se sirve en un vaso o copa grande.

Julia M. v. de Woodbridge en EL CHIC DE PARIS

RECIBIÓ:

Telas rosadas y elásticos especiales para fajas desde 2 centímetros hasta 30 de ancho.
Talladores grandes para personas gordas. Medias de hilo de Escocia clase superior a
¢ 2.00 par —Trabajos de mano en lino desde ¢ 0.75—Manteles con servilletas para hacer
desde ¢ 8.00—Trabajos en esterilla, algo lindísimo desde ¢ 1.00—Un inmenso surtido en
filosedas y sedas lisas y matizadas para ropa de niño, parretas blancas y en colores, y
encajes de lino también en colores.

VISITE EL CHIC DE PARIS. En su jardinería La Gardenia, Paseo Colón, Teléfono 3493
J. M. v. de Woodbridge se hace cargo de toda clase de trabajos florales

Una razón por la cuál se extraen sus tonsilas

Dr. Jas W. Barton, Toronto, Canadá

(Del "Diario Comercial", de Honduras)

Un doctor que atendía un caso de reumatismo recordó que hacía algunas semanas que su paciente había sufrido un dolor de garganta y que en realidad lo padecía de tiempo en tiempo. Le examinó la garganta, pero no le encontró inflamadas sus glándulas sino de un color rojo purpúreo los tejidos circundantes del paladar suave (división posterior del cielo de la boca), la úvula o galillo (apéndice carnoso que cuelga del velo palatino) y el frente del paladar duro o parte ósea del cielo de la boca. Como quiera que tenía duda respecto a la operación de sus glándulas, lo puso en manos de un especialista en enfermedades faríngeas y él sin vacilar le dijo que sería mejor extraérselas, explicándole que la discoloración de su garganta era señal segura de que sus tonsilas le estaban causando el reumatismo y que si no se las extraían se repetirían los ataques reumáticos y podría hasta dañarse su corazón.

A propósito, salió en el "New England Journal of Medicine" el relato del doctor H.

A. Nissen, de Boston, del estudio que hizo de la relación de las tonsilas infeccionadas con la artritis (reumatismo) en unos 500 casos. Las tonsilas muy infectadas son las que producen el ataque agudo de tonsilitis y las que siempre están grandes y rojas son precursoras de la mayoría de ataques reumáticos, pero es más importante todavía, y el médico no lo advierte a menos que vea a menudo al paciente, es que siempre tiene la garganta irritada, variando su descoloración periódicamente con arreglo a la inflamación de las glándulas. Esa garganta rojiza en que se encuentran glándulas en condición sospechosa es excusa para extraer tonsilas que no se ven muy inflamadas ni muy agrandadas al hacer un examen corriente, pero uno más minucioso dará a conocer una inflamación mórbida y sólo la extracción de las tonsilas libra el cuerpo del reumatismo y el corazón de una infección.

Sin embargo, algunas tonsilas no se extraen aun cuando estén agrandadas, siempre que no causen tonsilitis u otro daño al cuerpo.

La cigarra y la hormiga

Durante los rigores del invierno, cuando los granos suelen humedecerse, sacaba una hormiga sus mieses reservadas al sol: una cigarra hambrienta le pidió limosna; pero la hormiga, negándose, le dijo:

—¿Por qué en el verano no haces acopio

como yo?

—No creas que estaba ociosa — repuso la cigarra; — pero como era verano, tenía que cantar.

—Pues, hija, la que en verano canta, que baile en el invierno.

ROPA INTERIOR DE SEDA

KAYSER

Surtido completo en la

TIENDA DE DON NARCISO

El Aguila de Oro

PU JOL HEMANOS

TELEFONO 3933

Para los veraneantes:

- * Lateria fresca: Pate foie gras - Jamón del Diablo - Anipasto - Caviar - Espárragos - Anchoas - Sardinias en mostaza - Salchichas a la vienesa.
- * Quesos de las Trancas del Guanacaste - Limburger - American - Swis - Velveeta.
- * Cream Cheese, recibimos fresco todos los dias.
- * Jamones y mortadellas. Calidades insuperables. Los mejores marcas.

SERVICIO RAPIDO a DOMICILIO

Botica Vargas

La de mayor confianza para Ud.

Se despachan las recetas de los Dres.

Calderón Muñoz y Calderón Guardia

TELEFONO de los Doctores: **2812**

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER, Dentista Americano
DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentadura de Hecolite, material nuevo
que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 50 varas al Oeste del Carmen

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda «VICTORIA»
de Santa Ana, Hacienda «LINDORA»
de Turrialba, Hacienda «ARAGON»
ARRÓZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

Apartado 493

Teléfono 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

Más de 25 años de trabajo

Más de 300 mil exámenes

ES SU MEJOR GARANTIA

Laboratorio Bacteriológico

Lic. don CARLOS VIQUEZ

GRAN FABRICA DE MOSAICOS

ADELA Vda. de JIMENEZ e HIJOS

Construcciones, Cemento, Mosaicos,
Balaustres, Macetas,
Faroles de hierro forjado, Materiales de
Construcción, Piedra Quebrada.

FERRETERIA - TALLER MECÁNICO

Teléfono 2278

Inculque a sus hijos la buena costumbre del

A H O R R O

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.